

Mi delirio sobre el Chimborazo

Yo venía envuelto con el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que pusieron las manos de la Eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales; ha surcado los ríos y los mares; ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño superior. *Era el Dios de Colombia que me poseía.*

De repente se me presenta el Tiempo. Bajo el semblante venerable de un viejo, cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano...

«Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto, mi madre fué la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envanece, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu Universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponeis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del Infinito que es mi hermano».

Sobrecogido de un terror sagrado, «¿cómo, ¡oh Tiempo!—respondí,—no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino».

«Observa,—me dijo—aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: dí la verdad a los hombres».



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.

SIMÓN BOLÍVAR

(V. LECUNA: *Papeles de Bolívar, Caracas*).

La piedad de los niños

Pero que en Piedecuesta había piedad, lo sabía yo por propia experiencia. Y una piedad poco y nada común: la piedad de los niños.

Un día se presentó el maestro Domingo Guerrero, y nos dijo antes de empezar las tareas:

—Yo soy responsable de la salud de ustedes, pero hay algo capital que me obliga a hacer un llamamiento a sus corazones. Un joven, llamado Gamaliel Noriega, que venía de Europa, ha muerto anoche de fiebre amarilla sacada de Cúcuta. El hermano que viaja con él, está medio loco, porque no encuentra quien le ayude a enterrarlo. Los que quieran acompañarme, que se pongan de pie.

Ni un solo niño permaneció sentado.

Salimos en pelotón, y al llegar a la casa donde estaba el cadáver, nos descubrimos en el más profundo silencio.

Entonces, varios vecinos, animados por nuestra conducta, tomaron en sus manos el ataúd y nosotros seguimos en pos de él hasta el cementerio.

Al colocarlo en la bóveda, se desprendieron las molduras y un joven quiso depositarlas en la tumba, pero el hermano las cogió en sus manos y dijo, dirigiéndose a nosotros:

—Yo fui a encontrar a mi hermano que volvía de tierras extranjeras, después de coronar su carrera de pintor. Mi madre lo aguarda desde hace diez años, contando las horas y los días. ¡Ahora, por todo recuerdo de su vida y de sus desvelos, le llevo las molduras de su ataúd! Pero hay algo que ha de consolar su corazón: es la conducta de los niños de Piedecuesta. ¡Y si mi hermano mirara desde la eternidad, vería que nada hay perdido en la vida, porque él idealizó la niñez con sus pinceles, y a la hora de la muerte fueron manos de niños las que le dieron piadosa sepultura!..

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

(Cuentos y Enredos, Bogotá).